

# EL POETA DE MACHINVENTA



Desde otro sitio abierto a más jugosos paisajes, a más anchurosos horizontes, cantó una vez don Luis de Jáuregui:

*«Baseliza zarraren babes maitetsuan  
lar ta intza darioten lau ormen barruan  
Kanposantutxo bat lo daukat bazterrean.  
Ernio aurrez-aurre, Txindoki atzean.»  
(Al amoroso amparo de la vieja ermita  
de cuatro paredes cubiertas de zarzas y hiedra  
duerme a mi vera el pequeño cementerio.  
Enfrente tengo al Ernio, detrás al Txindoki.)*

Este otro sitio tiene espacios bien angostos. Estrecha y fría cañada en un hondón de una de las laderas del Murumendi, casi a medio camino de la solitaria carretera que desde Azpeitia, pasando por el alto de Mandubio, va al cruce de Salvatore.

El lugar se llama Machinventa. No cuenta arriba de una docena de rústicas casas que rodean una iglesia con señales de restauración no muy lejanas. La torre es un cubo de piedra flanqueado de pequeñas almenas. Hay, delante del tosco atrio, un frontón pequeñito, muy reciente también, construido de cemento. Por entre las casas corre un límpido riachuelo.

Mirad entre las casas una muy blanca, con el tejado haciendo ángulo sobre la fachada, delante de la cual se extiende en triángulo un jardinillo humilde, rodeado de rudimentaria cerca. Es la casa cural.

Trasponéis el umbral. A mano izquierda del zaguán, en un bajo penumbroso donde una conejera se adivina, escarban algunas gallinas. La bicicleta del cura pende de un garfio. Al ruido de vuestros pasos un perro sale de la puerta del piso ladrando amenazante, pero una voz varonil le obliga en seguida a dar media vuelta, gruñendo, con la cabeza baja.

A través del tosco balcón sólo se oye en la pulcra habitación el perenne monólogo del riachuelo. En el lugar habita el silencio. El poeta Jáuregui vive aquí. Puede muy bien repetir:

*«Bakardadeak artu nau bere altzoan  
ta ixiltasuna daukat musuka ondoan.»  
(La soledad me ha tomado en su regazo  
y al lado, besándome, tengo al silencio.)*

## II

Gústame alguno que otro día de fiesta llegar a la aldea solitaria a la hora en que termina la Misa mayor, o también, por la tarde, antes de Vísperas. La llana campechanía de mis amigos —el cura y su coadjutor— suele acogerme. Y platicamos, platicamos hasta que la esquila de la torre llama a Vísperas. Entonces, a la vez que los hombres de grave ceño, de las mujeres vestidas de negro, de los mozos endomingados y de las chicas peripuestas, marchamos pausadamente a la iglesia.

El pueblo, abajo, y mis amigos en el Coro al lado del armonium, alternan el canto del Oficio divino:

*«Laudate pueri Dominum...»*

Un poco después del Magnificat, el poeta baja del coro para subir al púlpito y dirige el rezo del Rosario. Ante las tumbas señaladas por paños negros extendidos sobre el suelo y las roscas de cera con los dos cabos encendidos, el párroco, cuando la función religiosa termina, suele tener que rezar una buena tanda de responsos. La gente del lugar no olvida a sus muertos fácilmente.

Después salimos. Los jóvenes juegan ya a la pelota rodeados del admirativo corro de los niños. En el atrio, los hombres se llevan muy serios la mano a la boina con respetuoso ademán al paso de los sacerdotes. Las mujeres parlotean en el camino de vuelta a sus caseríos, y no muy

lejos del frontón, las jóvenes, ruborosas, cuchichean confidenciales mientras enroscan y desenroscan incesantemente los rosarios en sus dedos índices.

En la paz excelsa de la tarde estival marchamos nosotros carretera abajo. En un sitio umbroso, sentados en el pretil de un puentecillo, se nos pasan las horas velozmente hasta que la cercanía del ocaso impone la separación; yo, carretera abajo, hacia mi pueblo todavía distante; el párroco y su vicario en dirección contraria, hacia la aldea.

No sabría decir por qué, pero siempre me vuelvo a mirar para alcanzar todavía a ver al poeta, antes de desaparecer por el recodo, marchando lentamente. Marchando como su ritmo poético, lento, pausado, o también, como el riachuelo que corre junto a su casa plácido, diáfano, cristalino.

Mi amigo está acostumbrado a la soledad. Vuelve de nuevo, como siempre, dispuesto a asomarse a las almas: a sentir, a amar, a sufrir con las que le han sido confiadas.

Hay poetas enfáticos, pomposos, para quienes las palabras son todo y el sentimiento no es nada. Tienen el alma sorda. Jáuregui no puede ser de esos, porque además de poeta es sacerdote. Este ha de hacerse a todos los corazones; entrambos —el poeta y el sacerdote— aman a los hombres. También el poeta rescata almas a su manera.

Pero el sacerdote es el hombre hecho a buscar y a aguardar, el hombre que busca siempre y que espera siempre. Sabe como nadie de la congoja del desahogo. Tiene el don de la palabra dulce, suave, justa, que repliega el alma sobre su más escondida y secreta llaga. ¿No es acaso el mismo Jáuregui quien ha preguntado?

*«Urre kaiola, kabia baño  
berogo, bai ote?»  
(¿Acaso la jaula de oro  
es más amable que el nido?)*

## III

Por entre los árboles antes del recodo, aún se adivina la silueta sacerdotal del poeta caminando despacio, de vuelta hacia su apartada, tranquila, solitaria aldea.

JOSE DE ARTECHE

— De su obra «CAMINANDO»

Editorial Itxaropena - ZARAUZ - 1947